

# La novela que no fue<sup>1</sup>

Diego Alberto Martínez Kingman

*Vida y milagros de una costurera* es el título de la novela que Nicolás Kingman no publicó. En una caja de implementos de costura había dos versiones del texto muy similares entre sí, de 27 páginas cada una; eran el avance de dos o tres capítulos. Ambas estaban, además, dentro de un mismo sobre. Leí detenidamente y volví una y otra vez al título: *Vida y milagros de una costurera...*

¡Claro! Nicolás se refería a su madre, Rosita Riofrío, mi bisabuela. Yo sabía muy poco de su vida, había escuchado que solía contar historias a sus hijos; unas eran inventadas por ella y, otras, descubiertas en sus numerosas lecturas. También recordé que alguien, posiblemente mi madre, me había contado que en la casa de Rosita solían almorzar escritores y artistas; ¡ah!, también que fue costurera y que con su máquina Singer mantuvo por años a la familia. De ahí el título de la novela.

Como me había dicho mi abuelo, la narración sucede desde el punto de vista de la máquina. Es el objeto quien cuenta lo que pasa en la casa de Rosita. Pero la obra, al menos lo que encontré de ella, no avanza mucho: Nicolás describe su infancia en Loja y la migración de la familia a Quito en los años 20, entonces se abre el silencio, hasta ahí llega el escrito. Según dice mi madre, Nicolás había avanzado

139

---

<sup>1</sup> Extracto del libro *El Nicolás*, que se publicará en 2022.

muchísimo más en su novela que lo que yo hallé en esa caja, de hecho, recordaba capítulos posteriores que habían leído juntos para que ella le diera su opinión. ¿Dónde están esos capítulos? ¿En disquetes perdidos? ¿En su Macintosh Classic de los 90 (dónde estará esa máquina)? ¿En manuscritos dispersos? En fin, la obra se perdió. Hay lo que pude rescatar.

Continué con la organización de los papeles de mi abuelo, hasta que apareció algo que le dio mayor sentido y otro tipo de significado a la novela. Hablo de una revista, fechada en 1959, llamada *Ventana*. Al principio no le di importancia, pero me llamó la atención la fecha; seguí ordenando los materiales, sin saber si archivarla o ubicarla en la funda de «objetos inservibles». Estaba deteriorada y, ¿para qué hacerse de más papeles? Ojeé brevemente el índice y encontré un artículo llamado «Ángel de la guarda de una generación de poetas», lo firmaba el notable escritor Alejandro Carrión Aguirre. Me acerqué al texto, a la página 18, para ser preciso. Me estremecí cuando constaté que hablaba sobre Rosita Riofrío.

¿A qué se refería exactamente Carrión al llamarla «ángel de la guarda de una generación de poetas»? Una parte de la historia todavía no me había sido develada. Yo sabía que Rosita recibía en su casa a varios intelectuales y que en la investigación del documental di varias veces con su nombre, pero al conectar este nuevo elemento confirmé que no fue casual, que ella tuvo una especial injerencia en la vida de literatos y pintores de la llamada generación del 30, la cual abarca un período que va desde 1925 hasta 1945, según Ángel Felicísimo Rojas.

El mencionado artículo aparece a raíz de la muerte de Rosita, en junio de 1959. Su autor, tal vez superado por la emoción, intenta describir el vínculo de la madre de los Kingman con aquella generación de intelectuales de Quito

y Guayaquil. Siento que Carrión perdió el equilibrio en un párrafo de ese texto; escribió: «Hay que contar la historia de Rosita Riofrío, una de las más admirables mujeres que han vivido en el mundo». ¿Una de las más admirables mujeres que han vivido en el mundo? Cuando leí esto, me pareció una exageración, aún hoy me sigue pareciendo, pero quién sabe... Por otro lado no lo escribió un novato, un ingenuo: en aquel entonces, el autor ya conocía el peso de las palabras, ya era Juan Sin Cielo (el articulista estrella de diario *El Universo*), ya había fundado la revista *La Calle*, y ese año publicaría su novela *La Espina*, ganadora del concurso internacional de Editorial Losada.

Carrión también describe la época que compartieron en la casa de la familia Kingman y que, según relata, fue el germen, la raíz de lo que sucedería en los próximos años en el arte ecuatoriano. Y es justamente al hablar de ello que el autor, párrafos más adelante, insiste:

141

Nicolás Kingman, el último, el más joven de sus hijos, me ofreció alguna vez escribir la historia de esa casa, de esa vida y de su ángel tutelar. La vida ha zarandeado duramente a Nicolás como me ha zarandeado a mí, como nos ha zarandeado a todos los que nos formamos en ese ambiente de fraternal belleza. Es por eso que (sic) aún no ha cumplido Nicolás con su propósito. Pero lo hará algún día, y si él no lo hace lo haré yo o lo hará otro de nosotros.

Cuando estamos en proceso de observar un tejido del pasado, los hechos no suelen relacionarse con facilidad; el rompecabezas se arma lentamente. Yo leía y releía el texto, pero no vinculaba la idea con lo que estaba sucediendo. Por fin creí comprenderlo: Nicolás había intentado cumplir su promesa 50 años más tarde, ¿inconscientemente...?

Tal vez como un designio, había empezado a escribir la historia prometida a su amigo Alejandro medio siglo atrás: mi abuelo estaba tratando de escribir la historia de la vida que habían compartido todos ellos en casa de Rosita.

Fue un *shock* tener en las manos ambos documentos: la revista de 1959 y el manuscrito de la novela de Kingman de la primera década del siglo XXI; pero, sobre todo, conjeturar que ambas estaban estrechamente emparentadas por el mismo deseo. Comprendí entonces la importancia que para ellos, y acaso también para mí, tenía esa historia. Desgraciadamente, ahora ya no había quién la contara: Carrión había muerto hace más de dos décadas y su amigo Nicolás, por su condición y avanzada edad, ya no podía continuar con la redacción de la obra.

142 Entonces releí el texto de Alejandro como un encargo: *si él no lo hace, lo haré yo o lo hará otro de nosotros*. ¿A quién incluye el pronombre personal? ¿Puede ser parte de esa historia alguien que no la vivió? ¿Haber escudriñado los papeles de mi abuelo, haber encontrado su novela inconclusa y haberlo escuchado durante toda mi vida me daba el permiso para incluirme en el *nosotros*? Creo que sí.